



Padre Javier Aristizábal Giraldo, S.J.

Alegría, simpatía y estudiosidad

*Por: James Alonso TriviñoLópez
Anuario Berchmans 2010 - 2011*

“Este es el cordero de Dios que quita el pecado del mundo y el cuerpo de Cristo que lleva hasta la vida eterna”, dijo el Sacerdote Octavio Giraldo alzando sus manos para ofrecer la comunión en el lecho de enfermo a un niño de apenas nueve años, llamado Javier Aristizábal Giraldo. Las palabras retumbaron en la mente de Javier y le fijaron la idea de ser sacerdote. Ya su hermano José Joaquín y su tío Ramón habían optado por la vida sacerdotal, pero la experiencia vivida enfrentando la muerte y la grata recordación del padre Octavio brindándole ayuda espiritual le plantearon un reto: quería ser como él. A partir de allí fue construyendo camino para lograr su objetivo: estudió en Zipaquirá en un internado llamado la Escuela Apostólica, en el noviciado de Santa Rosa de Viterbo en Boyacá, y en el colegio San Bartolomé la Merced de los Jesuitas.



Prontamente el joven Javier empezó a cultivar su vocación sacerdotal. Atrás quedaron la rubia Aura Duque, su primera novia y Emma Gómez con su piel trigueña, los regaños del Padre Eliseo Salcedo exigiéndole que se ajuiciara, que jugara bien, pero que estudiara; y las travesuras con Aníbal orejas de burro, amigo entrañable que dejó huella por siempre, no sólo por su gran amistad, sino por el golpe que le dio en la boca y que separó sus dientes, el día que desenfrenadamente corrían por la calle y se estrellaron en una esquina. Con Aníbal compartió no sólo el dolor de aquel fatídico encuentro, sino el deseo de estudiar para algún día llegar a ser sacerdote y promulgar el evangelio.



Su decisión de estudiar para dedicarse a la vida religiosa fue de gran felicidad para sus padres. Era una de las mejores profesiones de la época. O se estudiaba medicina para el cuidado del cuerpo o se era cura para velar por el cuidado del alma. El 3 de noviembre de 1950, Javier ingresa a la compañía de Jesús para cumplir el sueño que empezó a forjar cuando apenas tenía nueve años: ser un servidor de Cristo y dedicar su vida al servicio de los demás. Catorce años después, un 3 de diciembre de 1964, se ordenó como Sacerdote.

Gran parte de su vida se la ha dedicado a Cali, especialmente al Colegio Berchmans. Decenas de promociones que han desfilado por el colegio recuerdan su apoyo incondicional en los eventos deportivos, sus frases en latín, sus saludos mañaneros y su devoción por el Sagrado Corazón de Jesús y la Virgen María. Algunos añoran aquellos días que invadían su oficina, custodiada por centenares de búhos, para tomar un merecido descanso en sus poltronas, disfrutando de buena música y saboreando una banana que los hacía caer en un profundo sueño.



Los días en el Berchmans empiezan con Javier. Su figura, estacionada a las entradas del colegio, repite cada mañana: “Alegría, simpatía y estudiosidad”. Su mano extendida y su imborrable sonrisa hacen parte de las imágenes cotidianas que dan la bienvenida a las diarias jornadas de trabajo en el Colegio Berchmans. En tiempos de contactos y saludos virtuales, Javier Aristizábal privilegia el contacto personal, el lazo de amistad que se renueva cada día al estrechar una mano y las palabras construidas con encanto, que hablan de lo mucho que conoce a cada persona que acude a recibir su saludo.

Sin duda alguna la vida ejemplar de Javier Aristizábal, deja un gran legado a todas las generaciones de estudiantes y familias que han tenido el privilegio de conocerlo. Su labor apostólica fundamentada en acciones sencillas, dejan huella en cada una de las personas que lo conocen.

Hoy, después de 60 años de vida religiosa, podemos decirle gracias. Gracias por vivir y reivindicar la vida cotidiana como un acto heroico digno de resaltar, por esperarnos cada mañana y ofrecernos un saludo, por la asesoría espiritual; pero sobre todo, gracias por haber dedicado la vida a otros. También podemos decirle con certeza que el sueño que empezó a forjar cuando apenas tenía nueve años: ser un servidor de Cristo y dedicar la vida al servicio de los demás, está cumplido y permanece imborrable en los corazones de miles de personas que aprecian su labor abnegada y que repiten, por enseñanza suya: Sagrado corazón de Jesús, en Vos confío.

